



Comisión 8

Índice

1. Flashback. Joaquín Aguiar
2. Boleto de ida. Emerson Angulo
3. Juan. Teresita Bossinga
4. Las segundas oportunidades. Belén Carmuega
5. Triste isla. Joaquín Chamorro
6. Descansar en paz, de a dos. María Lucía Concepción
7. Un niño cayó sobre mí. Leonel Dreisch
8. No debería ser tristeza. Enzo Espinoza
9. La vida después de los 60. Elsa Gregorutti
10. Mi verdadera compañía. Guadalupe Guzmán
11. Into the wild. Silvana Haro
12. A las chicas del semáforo en rojo. Natalia Huenchullán
13. Los estafadores. Martín Irastorza
14. Una noche de película. Gonzalo Kein
15. El buen cristiano. Guadalupe Koch
16. El enfrentamiento. Lorena Lucente
17. Convivencia. Pablo Luraschi
18. Somos iguales, respeto. Juan Martín Mamblona
19. No intenten explicarlo. Tomás Miró
20. El más hermoso de todos. Federica Rivera
21. Fotografía de un miedo. Diego Rubaja
22. Un día de septiembre de 2073. Carlos Salamanca
23. Esperado encuentro. Carolina Sosio
24. Qué angustia. Laura María Soto Rodríguez
25. Como Dios manda. Alejo Vhrovski
26. Whisky. Mariano Zanetto
27. Mi muerte. Yanet Zuñiga

Flashback

Joaquín Aguiar

Salí apurado. Había entrado mil veces y me había ido otras miles de veces más, olvidando mis llaves, la bufanda y el celular. Entonces, comprenderá que estaba enojado y molesto conmigo.

Cuando finalmente cerré la puerta sin haberme olvidado alguna cosa, noté que el pasillo estaba oscuro. Raro, siempre estaba bien iluminado, hasta cegaba mi vista. El aire era fresco y algunas luces fallaban.

Comencé a caminar rápidamente. De pronto sentí algunos pasos que sonaban después de los míos como si una persona caminara atrás de mí. Me detuve y di la vuelta. No había nadie. Seguí más apurado que antes. Al llegar a la salida, escuché otra vez los pasos.

Al darme vuelta me di cuenta de que en aquel pasillo a oscuras, con destellos de luces, no estaba sólo. Estaba acompañado y esa compañía no era de este mundo.

Era una figura dislúcida como una nube. Parecida a la de un cuerpo humano. Como si intentaran imitarlo buscando su forma definitiva.

Quedé helado, hipnotizado por los movimientos. Así durante unos instantes. Luego comenzó a acercarse. Y se escuchaban los pasos. Yo retrocedía al mismo tiempo. Mis piernas temblaban castigando mi equilibrio. Sentía como mi corazón empujaba mi piel con sus latidos.

De repente se abalanzó sobre mí. Cuando impactó en mi cuerpo sentí una corriente eléctrica desde los pies hasta mi cabeza.

Y pude ver el fin del mundo. Oí los gritos, los llantos y las súplicas a un Dios. También la guerra y sus bombas.

Boleto de ida

Emerson Angulo

Miles de veces me pregunté y ya no me pregunté más. ¿Debí haber despertado antes? Es que saber que afuera me esperaban las mismas escenas de todos los días, no hizo más que hacerme preferir aunque sea unos instantes más, el confort de mi almohada. Pero tuve que despertar, las obligaciones son más fuertes.

Otra vez salir a actuar la misma película de siempre, y cuando no, la trama es el apuro constante. El apuro por no perder el tren, el apuro por saludar a todo aquel conocido que me cruzaba en la calle, el apuro por llegar a tiempo al trabajo para no padecer los regañones del patrón, en fin el apuro que me encapsula y no me deja ver lo que sucede alrededor.

Pero ya es tarde para tantos cuestionamientos, hoy por fin ya no tengo que preocuparme por el ruido de alarmas chillonas que anunciaban que volvía uno más del montón, sino que al revés, solamente tengo que mantener los ojos cerrados y dejarme vencer por la muerte; y contemplar toda la fiesta en silencio que se formó alrededor de mi cuerpo, que antes era cuerpo y alma.

Debo decir que están los que pensé que iban a estar: los que me aprecian, los que me apreciaron, y los que cuyo trámite no pudieron postergar. Pero no los culpo, lejos está de mi hacer de juez en semejante circunstancia, porque dije antes ya es tarde para tantos cuestionamientos. No sé dónde estoy, nunca estuve aquí, será que mi muy temprana edad de partida no me dio la suficiente experiencia de acudir a lugares tan sombríos, silenciosos y estáticos como este.

Todo está listo y meticulosamente planeado para mi último destino, Esta vez será un carro largo, negro y confortable que me llevara a mi solo, todo lo contrario a ese colapsado tren que viajaba a una velocidad imperceptible que no pudo frenar cuando este descarrilo

llevándose consigo la vida de decenas de personas entre las cuales se encontraba a bordo la mía.

¡Qué paradoja! Ahora al verlo desde afuera me doy cuenta de que ese tren es como mi vida materializada en vagones, cabinas de comando y furgones, porque de hecho mi vida transcurrió así de rápida y fugaz. Sin tiempo para frenar y pensar cuál es, no solo la mejor opción, sino que rumbo es el que a mí me gustaría tomar. Pero como dije antes, ya es tarde para tantos cuestionamientos.

Juan

Teresita Bossinga

En la blanda cama de la casa de su abuela, esa que había compartido con sus primos de pequeño, dormía apaciblemente Juan, un joven rosarino que había llegado de La Plata donde cursaba su segundo año del Profesorado en Letras.

Juan era un muchacho activo, deportista; nadaba y hacía canotaje para el club de sus amores. Había decidido quedarse una semana en la casa de su abuela María, madre de su madre, fallecida en un accidente de motos en la década de los 90 y suegra de Amanda, madre de Juan; viajera empedernida por conocer el mundo y profesora de historia transformada en artesana.

Las mañanas eran intensas, había olor a tostadas quemadas, un ruido a radio prendida y a los pasos arrastrados de su abuela, esos que le significaban el volver al pasado, a cuando era chiquito. Un poco con las ganas de volver a disfrutar a su papá y otro poco de imaginar las historias que le contaba su madre, Juan solía jugar con esa idea de volver al pasado, aunque fuera un ratito.

Esa mañana sonó el celular intensamente y Juan no dejó que eso suplantara la agradable mañana que estaba teniendo con su abuela.

Desde la cocina se podía ver la gran biblioteca que había pertenecido a su abuelo Oscar, un italiano valiente que había llegado solo desde su Italia natal y que había forjado una familia con mucho sacrificio. A Oscar le gustaba la Literatura pero sobre todo la de historias fantásticas; hasta había escrito cuentos en sus momentos de ocio que jamás había publicado.

Juan, curioso, mientras hablaba con su abuela, le preguntó:

—¿Qué esconde esa biblioteca, abue, a la que de chicos nunca pudimos acceder?

—Nada —contestó la abuela con un dejo de duda en su respuesta.

—¿Podré leer algo hoy? —le preguntó Juan.

—Claro que sí, Juancito. Sólo respetá los lugares; tu abuelo habla siempre de respetar los lugares.

—¿Los lugares? —añadió Juan.

—Los lugares, las fechas, los años, ya que están todos ordenados por fechas, años. ¿Se entiende?

Y así fue que a la noche, Juan, teniendo en cuenta los consejos de su abuela, comenzó a leer un libro chiquito, lo terminó y comenzó otro. Estaba tan concentrado que olvidó el requisito de su abuela y los ordenó más o menos como estaban ubicados. Dejó uno a medio leer con la intención de seguirlo al otro día...

Como todas las mañanas, Juan se levantó y ubicó los ojos para poder mirar. Estaba bastante oscuro y no entendía por qué. No había olor a tostadas y su cama no era la misma cama blanda de la abuela María.

De golpe, se encontró en un lugar que no conocía y que ni siquiera había visto alguna vez, pero le recordaba a algo y no sabía qué. Unos gritos hicieron que, además de miedo, Juan se quedara quieto.

—¡Venimos a buscarlos! ¡Levántense! Los necesitamos —se escuchó a lo lejos.

Juan, aterrado, siguió los gritos para buscar una respuesta y desembocó en un pasillo oscuro y húmedo con personas que lucían preocupadas y que se dirigían hacia una luz que parecía una salida.

—¿Dónde estamos, hermano? —preguntó Juan.

—¿Hermano? —le respondió un señor y siguió su camino.

—¿Dónde estamos, señor? —le preguntó Juan, pero esta vez a otro hombre.

—Vamos todos para recibir la información del Sargento Bendim— le respondió el amable pero brusco señor.

Juan, sin entender mucho pero viendo que todo le parecía familiar incluido ese apellido, Bendim, no dudó en seguir a estos hombres para recibir instrucciones y saber a dónde iban y qué hacían allí.

Pudo averiguar que estaba en medio de una asamblea y que él era o sería parte de la milicia activa que debía construir baterías para proteger a la ciudad de un posible desembarco anglo-francés. Atónito por lo que estaba ocurriendo, Juan sólo pensó que en su vida sólo había ayudado a hacer trampas para pajaritos y que se las iba a ver muy negras para realizar una fortaleza por la posible llegada de soldados expertos.

Ahí recordó a su abuelo, pero no por lo que siempre le había dicho que “debía aprender a hacer cosas con las manos”, además de haberle enseñado a dibujar guitarras eléctricas. Inmediatamente, se acordó de la lectura del último libro, ese que no había guardado como su abuela le había pedido, no había respetado los lugares. Ahí había leído el apellido Bendim y por eso le sonaba familiar. Juan se dispuso a buscarle un por qué. No sabía lo que le estaba por ocurrir, ni se lo imaginaba...

Corrió hacia el mismo hombre que le dijo qué estaban haciendo y le preguntó:

—¿Esto es Rosario?

—No, San Pedro... cerca.

—¿Y qué está pasando? ¿Por qué estamos alistándonos?

La respuesta fue concreta:

—Querido, estamos en 1845... Tiempo de defender lo nuestro.

Ahí, helado, supo algo. El libro leído a las apuradas en lo de su abuela, hablaba de historia la de la vuelta de obligado.

Las segundas oportunidades

Belén Carmuega

Luego de caer al mar, Dantés llegó a una isla desierta. En ella, quiso empezar a reconstruir su vida, lejos de la Francia que él alguna vez había amado y pensando qué haría si se encontrara con Mercedes o Fernando.

Pasaron los meses y él ya había perdido esperanza alguna de encontrarse con algún navegante. Una noche avistó un barco, el cual pertenecía a su noble familia de Francia. No bien vieron el pedido de ayuda lo rescataron de la isla desierta.

Pasó a ser un tripulante más de la embarcación Santa María, ayudando en todo lo que se pedía. Gracias a su gran desempeño el Capitán Haus le empezó a tomar un gran cariño sumándole el gran parecido que este tenía con su hijo ya fallecido: Thomas.

Al llegar al Puerto Esperanza, Haus le pidió a Dantés que formara parte de su familia, ya que él poseía todos los valores que él le había enseñado a su hijo. Aparte no quería que su fortuna terminara en manos de la corona.

Para Dantés esa fue la oportunidad perfecta para aparecer con una nueva identidad y cobrar su venganza tan deseada, por todos los años que había pasado en la cárcel de Chateau D'iff. Mientras empezaba a planificar su venganza, pensaba cuál era la manera más dolorosa de hacerlos pagar por todo a Danglars y sobre todo a Fernando.

Él contaba con que Mercedes lo había estado esperando pero al llegar a su Francia tan querida, se enteró que Mercedes había formado una nueva familia con Fernando. Al

enterarse de esto estalló en cólera porque no podía entender cómo su amada estaba con la persona que lo había traicionado y metido 15 años en la terrible Chateau D'iff.

Pensándolo increpar en la fiesta que daba el conde de Iff, se dio por vencido ya que al verla bajar del carruaje y encontrarla tan radiante y feliz con toda su familia desistió. Ahí recordó lo que el cura le había dicho:

—Sé feliz, Dantés y dejá la venganza de lado.

Luego de terminada la fiesta, agarró su carruaje y partió hacia Italia a reconstruir la vida que tanto anheló esos años en la cárcel.

Triste isla

Lautaro Chamorro

Hoy ya hace un mes que llegué a la isla. Como te imaginarás, es un lugar muy frío y triste. En este lugar no hay ni un solo árbol. Sólo hay montañas rocosas y grandes campos de turba. Para nuestra desgracia, ésta tiene aspecto de pasto, pero por debajo contiene agua. Ya no sé lo que es tener los pies secos.

Con los chicos estamos un poco tristes. Nos informaron que mañana nos trasladan a un monte llamado London. No es muy diferente de donde estamos en lo geográfico, pero lo que sí se modifica es que vamos a estar más cerca de los ingleses.

No sabemos mucho de los enemigos, sólo que están mejor preparados y que traen a unos nepaleses llamados Gurkhas. Por lo que me dijo el teniente que tenemos a cargo, éstos tienen fama de saber luchar cuerpo a cuerpo y de matar a sus enemigos cortándoles el cuello.

Cuando el teniente comenta esto, Alberto no aguanta la angustia y se larga a llorar. Sólo por este hecho es castigado y al teniente le parece bien estaquearlo casi desnudo en la intemperie y dejarlo afuera toda la noche.

Alberto no pasa toda la noche afuera ya que Díaz decide terminar con su calvario. Por momentos deseo ser el que murió estaqueado solo para salir de este infierno. Creo que son más de 10 los que se fueron de esta manera. Empiezo a creer que el verdadero peligro es el teniente.

En este mes enterré más muertos que en toda mi vida. No es muy lindo tener que enterrar al que ayer comió con vos. Mi único consuelo en este lugar es que en el continente me espera una vida y este puede que sea sólo un mal sueño.

Descansar en paz, de a dos

María Lucía Concepción

Ahora puedo descansar en paz. Ahora que con 38 años recorridos, mi cuerpo yace junto al de mi padre, y con la reciente sensación de justicia. Justicia porque lo dice un juez, sólo por eso. Porque quien en pocos segundos terminó con mi vida hoy cumple una condena en prisión.

Dicen que se llama Marcos y que tuvo una historia difícil. Se crió en un barrio de bajos recursos donde sólo le enseñaron a robar. Que para sobrevivir las drogas eran un medio y las armas un juguete. Nunca le importó su vida, mucho menos la del otro.

Una noche Marcos se cruzó en mi camino; o yo en el de él. Estaba exaltado, fuera de sí, como alejado de la realidad. Me pidió dinero mientras me interpelaba para que saliera del auto. Luego me guió hasta mi casa y una vez allí accedí a buscar aquello que me exigía con tanto ímpetu. Él me siguió, sin dejar de apoyar su arma en mi cabeza. Repentinamente y para sorpresa de ambos, sonó el teléfono. Marcos se asustó y ya no recuerdo mucho más. Escuché una sirena, gritos, llantos. Vi luces. Y, al fin, la calma.

Mi cuerpo fue trasladado de un lado para otro por cuestiones burocráticas, mientras mi pequeña familia agonizaba un emotivo velorio. Cuando por fin terminaron las autopsias médicas me dejaron muy bonita reposando en un cajón, a la vista de todos cual exhibición de objetos en una feria, o de vacas en la Rural.

Todo decorado para la ocasión. Música triste y café; mucho café. Asistieron personas muy importantes para mí y otras no tanto: amigos, desconocidos, allegados, familiares y algún que otro enemigo que no sorprendieron con su presencia.

Noté a muchos abrumados, nostálgicos y con lágrimas que dejaban caer en forma genuina; otros tantos con expresión de fastidio por tener que asistir -como si fuera obligación acercarse y mirar un cuerpo sin piedad – y algunos que sólo querían saber qué fue lo que realmente me sucedió, porque no podían dejar de tener la primicia de la semana, el tema de conversación de la peluquería.

La verdad es que el evento no me interesaba, pero no tuve oportunidad de avisarlo. Me quitaron la vida abruptamente. De todas formas debo destacar que hubo un momento mágico, único, que siempre guardaré conmigo: las palabras que compartió mi hermano mayor.

Jerónimo es muy tímido. Jamás lo hubiese esperado de él. La cuestión es que pidió silencio y entre lágrimas expresó un emotivo discurso. Me dedicó hermosas y cálidas palabras sin apartar su mirada del cajón que me contenía a su lado. Finalizó con un juramento por el que dejaría la vida si fuera necesario: encontrar al asesino, al responsable de que yo ya no esté.

Por eso hoy, tres años después, puedo descansar en paz. Marcos pasará sus próximos 18 años privado de su libertad. Aunque eso no me hace feliz ni me devuelve la vida, mi hermano terminó su lucha. Desde la Tierra, él también descansa en paz.

Un niño cayó sobre mí

Leonel Dreisch

Estábamos en Kantagor, Nigeria. Nos habían mandado al frente sur-oeste del país nigeriano, para evitar el avance del grupo guerrillero extremista, Boko Itaram. Según los informes, hacía varias semanas estaban atormentando un pueblo campesino.

Llegamos a las cuatro de la mañana, a diez kilómetros de la primera casita del pueblo, si es que se puede llamarla así. Nos detuvimos y desplegamos el campamento, luego nos dejaron descansar durante algunas horas, antes de preparar el ataque. No pude dormir, el calor era agobiante y se escuchaba el aleteo constante de murciélagos, eran como chillidos de rata en las cloacas. Nicolás, mi compañero en las últimas misiones, excelente francotirador, él no tuvo problemas para dormirse.

A la mañana siguiente, el general Tomás, nos levanto sigilosamente, ya que una patrulla y una camioneta blanca vigilábamos campos cercanos. Esa mañana Nicolás por primera vez me hablo de su familia. Me contó que tenía dos hermanas, una soltera, de 24 años, me mostró una foto.

Eran las once de la mañana, cuando los comandantes nos reunieron para darnos las instrucciones del plan de ataque. Consistía en tomar la casa más cercana al campamento, pasar la noche en el lugar y golpear el corazón de la guerrilla.

Rápidamente nos pusimos en marcha, al llegar al lugar y tomar la casa, fue todo un éxito, solo había una mujer y dos niños, que por impulso de Nicolás se quedarían sin madre. Los niños, envueltos en llanto, fueron llevados al campamento.

En la casa dormimos es turnos de dos horas. Mientras mis compañeros dormían, irrumpieron dos motos, con cuatro hombres armados con semis-automáticas. Al día de hoy me pregunto si me había dormido. Los hombres, o eso parecían a primera vista, entraron disparando al aire.

Nicolás se levantó asustado con las manos arriba al igual que yo. Cuando miré hacia donde estaba Tomás advertí que ya no estaba en su posición, donde descansaba. Cuando prendieron las velas y se iluminó el lugar, nos encontrábamos con las manos esposadas. El horror me atrapa. Dos de los guerrilleros no superaban los doce años, con sus ametralladoras causaron la muerte de Tomás.

Hubieran pasado solo minutos, cuando uno de los niños me apunto en la cabeza, la punta caliente de la ametralladora apenas toco, hizo una marca en mi frente. Escuché un disparo que hizo estallar mis tímpanos. Milésimas después, manchas de sangre en toda mi cara y cuerpo, y el cuerpo de un niño cayó sobre mí.

No debería ser tristeza

Enzo Espinoza

Las cortinas sucias, los sillones húmedos, la mesa pequeña que le entorpece el paso. Todo la enloquece y la frustra, le llena los de lágrimas. Es que sabía bien que aquello no era lo que yo hubiera querido.

Están acá. En el centro de una habitación oscura y deprimente. Rodeado de personas que ni siquiera se acercan a regalarme una mirada. Sé que la melancolía que flota en el ambiente no tiene nada que ver conmigo, y que los gritos de dolor marquen lo falso e hipócrita.

Aún está en el fondo de la sala, apoyada contra la pared. Siento que me observa, que sufre por mí. Me mira como quien pierde una apuesta y se siente observado.

—¡Viste que tenía razón! ¡Yo me fui primero!

Tal vez uno de mis chistes la alegraría un poco.

Mi hijo apoya su mano en mi pecho, acerca su cara a la mía. Me contempla durante minutos. Sin mostrar tristeza, sin dolor, con furia. Acerca sus ojos azules a los míos. Apoya su frente contra la mía, y luego se va.

Mis amigos charlan y me miran de reojo. Concentrados, buscando sentido a algo. Lloran y niegan con la cabeza pero siguen sin acercarse. Qué horribles son los velatorios ¿Con qué necesidad se aglomeran para lamentarse? Si hubieran dejado el arma en mi mano, todo tendría mucho más color.

La vida después de los 60

Elsa Gregorutti

Siempre deje en claro que la vida me había regalado mucho. Pero no dije que por momentos me acosa la tristeza y la depresión. Eso está muy relacionado a las gratificaciones o procesos que se dieron durante el día, las horas y las semanas.

Habitualmente me ponen estos de buen ánimo, pero cuando llega una respuesta negativa, o no se es reconocida cierta acción, ahí llega la tristeza.

Algunos ejemplos para dejar bien claro como es la situación: después de tantos días de lluvia, las plantas, el césped y todo lo que lo rodea ya es el desierto. Se entiende que por la propia naturaleza debe ser así. Aunque esto parezca superficial, es todo lo contrario, es mi hobby, mi entretenimiento, me relaja y me produce el bien.

Dice el porqué de esto cuando vuelvo de la oficina, si siempre estoy de buen humor Es aquí, cuando mi pequeña porción de verde, cielo, sol y nubes, me mejora el estado de ánimo y me comienza a cambiar la tristeza. Es parte de la vida, de lo cotidiano.

Esa mirada positiva muchas veces puede cambiar, cuando los valores de una persona no son reconocidos, es allí cuando puede la depresión y el alma se entristece.

Se tiene en cuenta que últimamente, los valores de vida se resquebrajaron, en la actualidad no hay respeto por prójimo que pueden ser compañeros de trabajo, vecinos, parientes

lejanos. Todos es igual, se contesta, te tiran palabras obscenas. Duele cuando he visto gente que se deprime por todo esto.

Todo lo que viene después de los sesenta años a uno lo hace mas susceptible, débil y en muchos casos lo deja sin fuerza. La vida es así, una de cal y otra de arena, es primordial saber, pase lo que pase, lo más importante que se tiene es la vida, por lo tanto hay que seguir hacia adelante con esperanza, fe y sabiendo que cuando uno no es reconocido por los otros es que no saben apreciar a las personas. Nunca les enseñaron que los valores de la vida existen en este mundo.

Mi verdadera compañía

Guadalupe Guzmán

Me desperté todo embarrado, en un charco acuoso, frío, sin comprender lo que pasaba. Asustado, me di cuenta que me faltaba mi celular y mi reloj. No recordaba cómo había llegado a ese lugar. No podía distinguir el cielo, no sabía si era de tarde o de noche, pero una leve luz en el lugar me dejaba caminar entre los árboles gigantes y altos. La humedad era intensa.

Imágenes llegaban a mi cabeza: un escenario, luces que se centraban en mí. Sentía una tensión en el lugar. El sonido de mi estómago borró inmediatamente esos recuerdos. Comencé a buscar algún tipo de alimento. En uno de los árboles vi unas hojas enroscadas en los troncos; se veían robustas. Con dificultad, trepé hasta la cima. Al llegar, tomé una rama y comencé a lamerla porque no sabía cuánto tiempo iba a estar en ese lugar.

Al ver mis manos me di cuenta de lo lastimadas que estaban, resquebrajadas y sangrando, al igual que mis piernas. El pantalón estaba roto en las rodillas, ese pantalón que me había regalado mamá. ¡Mamá! En ese momento sentí una sensación de angustia al recordar cómo mi madre me llamaba la atención para que dejara el celular, aquella vez que fuimos al teatro de mi ciudad. Esa noche me entregaron un folleto que se titulaba *Magia con Ángel* y tenía una breve descripción del espectáculo a la que no le di importancia.

Comencé a percibir unos sonidos extraños. Sin entender de dónde venían, me metí en un hueco que tenía uno de los grandes árboles. Entré asustado, se escuchaban voces. No sabía si salir o quedarme. Tomé fuerzas y fui en busca de lo que pasaba.

Al saltar del árbol mi tobillo se había lastimado. Grité muy fuerte, nadie venía a socorrerme. Grité mucho más fuerte pidiendo ayuda y el resultado fue el mismo. Traté de pararme y caminar hacia el murmullo. Cada vez podía escucharlo más y mi corazón latía con mucha fuerza. Sentía que quería llegar a un lugar de paz.

Uno de los troncos me hizo tropezar. Mi cuerpo no tenía fuerzas para levantarse y las lágrimas caían de mis ojos sin permiso. De fondo escuchaba aplausos y gritos, no podía comprender. Podía ver cómo se apagaba la tenue luz del bosque, cómo quedaba solo, cómo la verdadera compañía que me hacía sentir persona, que me acompañaba y ayudaba, ya no la tenía conmigo.

Nunca pensé que este dolor tan grande podía entrar en mi pecho. Mi madre, esa compañía que siempre fue todo, estaba lejos, lejos de mí. Ya la leve luz había desaparecido, todo estaba apagado. Estaba verdaderamente solo. Las voces y los aplausos se escuchaban cada vez más fuertes. Al abrir mis ojos vi al público del teatro frente a mí. No paraba de intentar encontrar una explicación.

Mi madre se cruzó en mi mirada. La vi asustada, supuse que por mi aspecto. Las lágrimas saladas no paraban de salir, mi sonrisa gigante junto a mi cuerpo corrió a abrazarla. Ese abrazo dijo todo, confesó sentimientos guardados que nunca los había demostrado.

En ese momento conocí lo verdadero, la verdadera compañía que me hacía sentir mejor. No era el celular, era su amor que me hacía tan bien, tan buena persona. Ya no me decía nada, no sangraba, ya estaba en mi hogar. Junto a su calor no me faltaba nada.

Into the wild

Silvana Haro

Jagger había nacido en La Pampa, hijo de una pareja hippie psicológica londinense, que había escapado de la hostilidad de una sociedad conservadora. Tenía 38 años y una vida tranquila, amante del rock, aunque no hacía honor a su nombre y apellido.

La vida tranquila en cierta forma lo mantenía distraído aunque por momentos neceaba escapare hacia lugares selváticos, consumir drogas y dejar a su mujer. El mundo le parecía excitante fuera de su casa. La rutina era una obligación. Un personaje tan típico, que aburría. Había visto Into the wild una diez veces.

El 25 de mayo, un feriado esperado, salió a caminar por las calles que claramente languidecían de solemnidad, frío y falso patriotismo. El único lugar que había encontrado para comer, era un puesto de panchos que se había saltado el control bromatológico. Luego de comer, mientras miraba la tele de la década del 90, un hombre se sentó a su lado, causándole una sensación de extrañeza inigualable.

—Soy Jesucristo de Nazareth —advirtió el hombre que se parecía demasiado al de una estampita que le regalo una prima en el día de su comunión —. Solo quiero que sepas que todo va a estar bien — le dijo mientras Mick Jagger no podía decir palabra.

—Voy a hacer un cambio Mick, cuando termine el partido que estás viendo, ya ninguno de nosotros será el mismo.

Godoy Cruz había vencido a Defensa y Justicia, el público festejaba y de pronto Mick se encontró en un desierto tibio, nuboso y bello. Se miró las manos, intentó reconocerse consternado mientras notaba que su ropa desentonaba con el lugar.

Mujeres en túnica, lloró sollozando, pasaban cerca suyo, hombres gritando en una lengua que no comprendía. El panorama era desolador. Durante horas camino por el desierto, en donde parecía que nada se alteraba, salvo por las voces que quebraban el silencio cada cierta cantidad de kilómetros.

Jagger, afectado, desesperado y hambriento pensó en que, por el momento, sólo podía pedir comida. Sabía que su ropa de domingo podía ser una jugada que no lo beneficiaría, por lo que se quito la mayoría de lo que llevaba puesto. Entregado al nuevo escenario pudo ser asistido por unos ancianos que vivían cerca del río Jordán.

Mientras tanto, en La Pampa, un hombre que se hacía llamar “El Nazareno” miraba un partido de fútbol en un puesto de panchos. Esta vez Chacarita perdía ante Racing.

A las chicas del semáforo en rojo

Natalia Huenchullán

Aquel líquido viscoso, amargo y rancio no para de fluir. Así se ahogan en los elixires, porque el frío y el hambre no se ahogan solos y los nudos de aflicción y melancolía se pasan mejor con un ron o una petaca de Vodka.

Cae la tarde y la cacería comienza. ¡Todos atentos! A la miseria mejor destilada, al rencor mejor suprimido en un corsé. Las hienas en las veredas arriban con mordidas y así la frágil dama de polietileno derrama ira, vomita agonía y esnifa supervivencia primitiva. Se tambalea en tus tacones y la calesita nunca termina.

En la vereda, al margen del mundo, las encontramos a ellas, las innombrables, las craquetas, las maldecidas trans...

Cuando uno elige sobre su cuerpo, alma y mente, es natural que el entorno apunte su grueso calibre a las falencias. Las chicas transgénero son un bien de consumo, un insumo desechable; siempre algo, nunca alguien. Venda su esencia pero recuerde que usted vale menos que cualquier fragancia de catálogo. Y es que su aura exhala calle y miedo, horro y profiláctico. La violencia como moneda corriente, pechos y cuerpos turgentes que mueren con el alba, se acobijan en su oscuridad, al borde del abismo terminan todas ellas.

Tan sólo sombras, que siempre posan.

Los estafadores

Martín Irastorza

—Las cosas pueden solucionarse —traspasó la voz de la mujer por la puerta.
—Usted no comprende. Siga con sus cosas, no es bueno involucrarse —dijo el hombre sin sacar la mirada de las marcas de cigarrillo que había hecho en la pared.
—Pero, ¿cómo quiere que no me involucre si esto me afecta directamente? Es el edificio donde trabajo, usted es mi huésped y no parece una mala persona —intentaba consolar la mujer que seguía afuera de la habitación.
—Por favor, señora Bells, es cosa mía y no hay nada que pueda hacer o a quién recurrir. No es bueno involucrarse, siga con sus cosas. Usted no comprende —seguía repitiendo, sin perder de vista la pared y siempre de espaldas a la puerta.
—Buen hombre, siempre hay algo para hacer y siempre puede recurrir a alguien —la mujer no parecía desalentarse— al Señor no le interesan nuestros errores sino nuestras intenciones.
El hombre no dijo nada. El silencio reinaba en la habitación.
—A lo mejor usted no oía la palabra del Señor y esto es un llamado para usted, para que pueda empezar de vuelta y olvidar todos los golpes.
—No creo que el Señor esté interesado en viejos boxeadores y menos si son errantes.
—¿Qué dice, Anderson? El Señor siempre se interesa por aquel que se interese en él. Sólo hay que escuchar el llamado y le aseguro que éste es el suyo.
—¿Usted cómo puede asegurar eso?
—Porque sí, hombre. El Señor le está dando la oportunidad de escapar a una buena vida.
—¿Cómo puedo tener una buena vida escapando?
—Escapando de su pasado y sus pecados.
Por primera vez, el viejo boxeador se interesó en la conversación, dejó de mirar la pared y apoyó su vista en la puerta. Se incorporó y caminó hacia la salida. Cuando abrió la puerta se encontró con dos hombres de piloto y sombreros negros que apoyaban un cuchillo sobre la garganta de la señora Bells.

Una noche de película

Gonzalo Kein

—¡Gol! ¡Gooooool de Boca, sí, de Boca! —vociferaba la televisión desde el living.
Era un jueves por la noche. Mi señora estaba en el cine, con mi suegra, mirando “contact” digitalizada, de Robert Zemekis, en el marco de un ciclo de películas de ciencia ficción. Los neños se habían ido a un cumpleaños.
Estaba solo en casa mirando el partido de Boca que jugaba por la Copa Libertadores. Era una noche de lo más agradable, la luna brillaba y la casa estaba muy tranquila. Tranquila y silenciosa. Tan silenciosa que fue imposible no oír...
Mientras degustaba un sabroso helado, percibí con claridad que había alguien o algo en el patio. Era imposible saber lo que era. Ni imaginarlo.
Sus pasos me extrañaron por demás. Eran ligeros pero al mismo tiempo firmes y pesados. No podía descifrar quien o que podía estar detrás de aquellos misteriosos y extravagantes pasos, por lo que tome coraje y me dispuse salir al patio.
Nunca pude olvidar lo que tuve frente a mis ojos en ese momento. Jamás había experimentado algo parecido, ni siquiera con ninguna película. Lo que viví aquella noche fue la escena más increíble de mi vida.
Una criatura, viva evidentemente, se balanceaba frente a mí. Sus brazos, dos licuadoras grandes de las viejas, se movían acompasadamente. Sus piernas eran como una especie de

víboras, coronadas por alguna razón inexplicable, por un par de mocasines italianos. En el pecho, una tablet gigante con Windows 10, pero se ve que tenía los mismos problemas que los nuestros en Marte, porque aparecía el mensaje de que el sistema no era original. La espalda, un gran bandoneón, que al moverse sus fuelles con viento tocaba un tango como Mederos o Rubín Juárez.

Pero su cuerpo parecía convencional al lado de la impresión que causaba su cabeza.

¡Qué increíble y alucinante cabeza!

Un rejunte de rasgos de distintas personas conformaban su rostro. Pero no cualquier persona. Eran rasgos de “famosos”, personajes de nuestra farándula vernácula. La pera de Dady Brieva, la boca de Luciana Salazar, los ojos de Tristán, el pelo de Guido Süller. De lo más grotesco y bizarro, en fin.

Resultó que este notable engendro venía de Marte. Muy simpático y en un esforzado español, me contó que hacía siglos que su planeta nos estaba vigilando y examinando minuciosamente. Les resultábamos de un especial interés, según él.

Tanto fue así que decidieron modificar genéticamente a voluntarios de su especie, tomando lo que consideraban “mejor” de los seres humanos.

Así pasamos unos hermosos 15 minutos rememorando el programa “Zap” con Marcelo Polino, hasta que en un momento...

—¡iGool!!!iGooooool de Boca, de Boca, sí, de Boca!!

El buen cristiano

Guadalupe Koch

Diez de la mañana. Palermo, Buenos Aires. Como todos los días, ella entra el bar donde hacen las lágrimas con la cantidad justa de espuma, como le gusta, y la acompaña con una medialuna. Habitualmente se pide dos, pero esta vez tiene que guardar lugar para el almuerzo.

Entra un señor, ocupa la mesa de al lado y pregunta si hay mate cocido. Tenía un saco con codos emparchados y agujeros en la nuca, producto de las polillas y la falta de lavado. Su barba, sus manos, su olor y la forma bruta en la que toma su mate cocido incomodan cada vez más a aquella mujer que quiere desayunar en paz.

Se levanta y se va, pero no sin antes mirar al mozo de manera fría, distante, como queriendo hacer saber con los ojos que nunca más volverá a ese lugar, donde señores de mal aspecto interrumpen su ritual cotidiano. Vuelve a su apartamento para abstraerse, ya que su hija pasará a buscarla para almorzar.

Cuando una se jubila y dispone de repente de tanto tiempo libre, cualquier plan toma el carácter de eventualidad digna de preparativos. Ella vive sola en un edificio sobre Avenida Libertador, semipiso, vista al frente y cochera en desuso. Se hija le toca timbre, ella demora en bajar porque quiere guardar sus collares en la caja fuerte. Ese día vendrá el personal de limpieza a hacer el aseo semanal y con esa gente nunca se sabe.

Llegan a almorzar y se ponen a discutir los horrores de la inseguridad mientras una come ensalada y la otra un salmón grillado. Entra ida y vuelta el mozo escucha frases como “son todos iguales”, “no cambian más, son negros de alma”, “matás a uno y vas a ver como se calman los demás”. Frases que por supuesto finge no escuchar, en un intento de salvaguardar su propina, pero no hubo caso: ambas mujeres se levantan y se van sin saludar y dejando lo justo sobre la mesa.

Es la hora de la siesta y una vez más hay indeseables interrumpiendo su rutina: una movilización de comedores infantiles se manifiestan debido al recorte presupuestario. Ella baja la persiana y sube el volumen del televisor en un intento de pretender que la situación exterior no existe.

Se hacen las cinco de la tarde y al igual que en Londres, eso sólo puede significar una cosa: té con amigas. Todas las semanas cambian de bar para evitar la costumbre, pero nunca

exceden las fronteras palermitanas. Las charlas suelen ser de nietos, hijos, maridos fallecidos y el próximo crucero al que asistirán.

Mientras habla de países con pronunciaciones francesas, una niña se acerca a la mesa a dejar dos cajas de curitas y un paquete de pañuelitos.” ¿Por qué los dejarán entrar”, murmura ella, mientras tira los pañuelos de la mesa en un sobreactuado intento de accidente. No los levanta, por supuesto. La niña lo hace y se retira en silencio del lugar.

Vuelve a su casa, descongela su cena, mira un poco de televisión, y antes de acostarse le prende una vela a la Virgen, como todos los días. Le agradece por el día de hoy y le pide por los pobres.

El enfrentamiento

Lorena Lucente

Somos un grupo de veinte soldados, estamos cansados y hambrientos; tenemos pocos alimentos. Mis compañeros y yo no dormimos hace tiempo. Fue un enfrentamiento donde murieron muchos hombres y quedaron muchísimos heridos.

El campo de batalla es una zona muy húmeda, con mucho barro por las lluvias de toda la semana. El lugar es terrible, resbaladizo, cuesta y se hace difícil cargar las armas, los fusiles y las mochilas.

No tenemos mucha energía porque perdimos mucho peso, pero seguimos unidos y deseamos que la guerra termine pronto. Todo es desagradable y feo: el lugar, la guerra, la muerte. El dolor no es sólo físico, también duele por dentro, las emociones; la frustración y la soledad nos golpea fuerte.

Otro nuevo día, otra nueva invasión. Avanzan y nos atacan con bombardeos. Los disparos y los gritos desgarradores nos despiertan. Veo a Paul tirado, pálido, retorciéndose del dolor e intento calmarlo. Mi amigo, mi hermano, lo hirieron en su abdomen. Está ensangrentado e intenta decirme algo pero no puedo entenderlo. Le pido que no hable y le digo que va a estar todo bien. Creo que él entiende la situación y sabe que su herida es grave, pero sonrío y confío en mí porque estoy a su lado.

La guerra es sangrienta, se ha llevado cosas muy valiosas. No soy la misma persona, he cambiado mucho. No tengo esperanzas para volver a mi hogar. Me siento morir, estoy débil, me atrapan. Estoy en una celda, tengo mucha sed. Siento olores desagradables, todo es muerte a mi alrededor.

Quiero morir. Vienen a mi mente imágenes maravillosas de mi familia y recuerdos vividos. Quiero volver a casar. ¡Ya todo termina!

Convivencia

Pablo Luraschi

—¿Quieres un mate? —preguntó Ulises.

—No, no me siento muy bien. Gracias.

—No sabía, ¿estás enferma?

El rostro de la muchacha se transformó. Un fuerte rubor se adueñó de sus mejillas. Pasaron varios segundos.

—Mica, ¿qué te pasa?

—¡Nada!

—¿Cómo que nada?

—¡Nada, ya te dije!

—¡Pero te ofrecí un mate y te cambió la cara!

Mica observaba sin mirar la televisión encendida.

—Perdoname —dijo —sus ojos se llenaron de lágrimas —. ¡Necesito que me perdones!

Ulises se levantó de un golpe y empezó a dar vueltas a la mesa del comedor.

—¿Qué pasó esta vez? —dijo exaltado.
—No pude más, Uli, tenés que entenderme.
—¡Otra vez te gastaste todo el sueldo en merca!
—Sí.
—¡Pero por Dios, Mica! ¡Otra vez! ¿Hasta cuándo vamos a seguir con esto?
—No sé.
—Es la segunda vez en el año que te gastás todo lo que tenés en cocaína. ¡Esto no puede seguir así!
—Sí, ya lo sé. Mañana voy al hospital de Gonnet y empiezo el tratamiento.
De a poco, Ulises comenzó a mirarla con comprensión. Tomó a Mica por las manos. De repente, una sonrisa pícaro se dibujó en su cara.
—Al menos no la vas a gastar en carterá —dijo.
Ambos rieron, mientras repartían el último gramo.

Somos iguales, respeto

Juan Martín Mamblona

Día a día convivimos en una sociedad machista y cada vez surgen nuevos conflictos acerca de la violencia de género. Constantemente decimos “esta hija de puta”, “son todas putas”, “te queda corta la pollera” o “tapate ese escote”. Esto lo vamos escuchando de chico y es difícil modificarlo. Lo ideal sería ir educando desde la primaria, o haciendo jornadas y debates en contra de la violencia de género, como ocurrió en 2015. Fue un grito colectivo contra la violencia machista.

Todo se originó en 1995 con una mujer que escribió un poema con la frase “ni una muerta más” y luego fue asesinada por su lucha constante por los derechos de la mujer. Un grupo de escritoras, artistas y periodistas militantes tomaron esa expresión y la convirtieron en “Ni Una Menos”, eslogan para convocar a la movilización. El objetivo claro era visibilizar la problemática y reclamar por las mujeres muertas. Así fue que el 3 de junio de 2015 se convocó a todas las mujeres al Congreso de la Nación. A pesar de que fue iniciado por grupos feministas fue apoyado por todo tipo de personas indistinto sea su género.

Al principio era un evento pura y exclusivamente feminista pero rápidamente se viralizó y fue tema internacional. Se convocó principalmente por redes sociales. Se reclamó que ya no haya más víctimas de violencia de género. Y se pidió que las instituciones colaboren para garantizarlo. Tuvo gran repercusión ya que no solamente en Buenos Aires, sino que en más de 100 ciudades se hicieron sentir a viva voz.

Pero siempre algo opaca lo que realmente se convoca en estas situaciones. Fue un año electoral y distintas agrupaciones políticas se aprovecharon e hicieron campaña electoral en plena marcha para concientizar y decir basta a la violencia de género. Lo importante es que la gente que salió a la calle se hizo sentir y como se dijo previamente no sólo los grupos feministas sino todo el pueblo demostró que quiere acabar con la sociedad machista y que sea igualdad de género en todos los aspectos.

No intenten explicarlo

Tomás Miró

El día que nos juntamos para iniciar el gran viaje comenzaba el mes de diciembre y hacia un calor insoportable en la ciudad. En todos los medios de comunicación, desde hacía mucho tiempo se mostraba lo imbatible de la bestia que nos estaba esperando. Poco nos importaba a nosotros que teníamos como único objetivo derrotar al fantasma.

36 horas de viaje con dos escalas en el medio, que le aportaban un poco más de heroísmo a la historia. Cuando llegamos no lo podíamos creer, fue eterno. Pasaron tres días y no había pastilla, por más fuerte que sea, que acomode el reloj interno. La gente despertaba cuando tenía que dormir. Todos estábamos igual pero al mismo tiempo, estábamos cada vez más cerca del encuentro. El día siete, con el organismo un poco más estable, nos dirigimos al lugar donde se iba a dar la aparición. Masa enorme de cemento con capacidad de 80 mil personas. Todo lo previo fue una sensación tan fuerte y emocionante que es difícil de explicar; estábamos en el momento donde la historia se había parado 18 años atrás. El hecho duró sólo 90 minutos pero pareció una eternidad. Nadie puede creer que se siente ser tan pequeño y tan grande dentro. Un ser rápido y directo, una especie de pulpo al que es imposible sacarle la bola. Cuando no la tiene en su poder la persigue con la mirada, entonces la pelota con un imán vuelve a sus pies. Sobraron 45 minutos, nos mató el segundo tiempo; nos enterró vivos y desenterró nuestros cuerpos, para que entendamos lo que pasaba no era una película. El extraterrestre era uno de nosotros, era de carne y hueso, pero único en lo suyo. Su nombre era Lionel y logró que crucemos todo el mundo de una punta a la otra para verlo con nuestros propios ojos. Volvimos de Japón a nuestro país sin decir una sola palabra y fue todo tan rápido que se necesita otro encuentro para explicar ese fenómeno único.

El más hermoso de todos

Federica Rivera

—Señora. Oiga, señora. ¿Sabe qué hora es?
La señora mayor se dio la vuelta y se sacó los auriculares de los oídos.
—Las nueve menos veinte.
—Gracias —le dije amablemente. ¿Sabe cuándo pasa el próximo bondi?
—No —me dijo sin mirar —estoy esperándolo hace bastante.
Refunfuñó como un caballo mientras se limaba las uñas.
—Allá viene —le dije.
Subimos al micro y la señora lo retó al chofer como si hubiera retado a algún sobrinito.
—Parada en la próxima, chofer —le indiqué.
Me bajé en el hospital y entré por una de las puertas del costado.
—Ya está por llegar —me dijo mi abuela alegremente —. ¿Y tu padre dónde está?
—No sé, abuela, y tampoco me importa.
—Deberías reflexionar sobre tus modales, nena.
—No voy a reflexionar nada, abuela. No me molestes. ¿Dónde está mi mamá?
—Se fue a buscarme una aspirina a algún kiosquito cerca. No va a tardar en venir.
De pronto, escuché un grito desde el otro pasillo.
—¿Cómo estás, tanto tiempo, querida?
Era mi tía Helena, de esas tías que uno sólo se las cruza en navidades o cumpleaños.
—¡Qué flaquita! —me dijo con el rostro torcido —¿seguís comiendo pasto empanado con avena?
—Se llama veganismo —respondí secamente —y no voy a volver a discutir. No va a ser como la otra vez que entre las dos empezaron a retarme. ¡Brujas!
—¡Ay, nena! ¿Por qué no te dejás de joder con esas cosas? —agregó mi abuela.
Yo ya tenía la cara roja del enojo. Quería decirles de todo menos algo sublime.
—Acá está. Tomate la aspirina —apareció mi mamá —. Hola, hija, tu hermana está tan nerviosa que hasta lo puteó al doctor de lo mal que se siente.

—Bueno, ma, supongo que no es nada del otro mundo.
—Vos no podés suponer nada— me respondió.
Se escuchó abrirse la puerta de la habitación.
—Pueden pasar —dijo el doctor.
Entré a la sala de una blancura inmensa con luces blancas.
—Enhorabuena— agregó el doctor sacándose el barbijo y los guantes.
Nunca había visto algo tan pequeño y perfecto.
—Es hermoso —le dije a mi hermana que tenía todo el cabello enmarañado y cara de tomate húmedo.
—Es el sobrino más hermoso de todos.
Me quedé mirándolo por un buen rato.

Fotografía de un miedo

Diego Rubaja

Desde mi niñez me pasó algo a lo que nunca pude tener el por qué. Recuerdo despertarme por las noches y siempre buscar debajo de la cama sin saber bien qué estaba buscando. El paso a través del tiempo hizo que ya de grande empezara a darme cuenta lo que me pasaba de chico. Lo que sentía eran unas manos que buscaban siempre atáparme cuando me caía de la cama.

Así fue una y otra vez, siempre la misma pesadilla. Volvía a buscar debajo de la cama, caía y esas manos me atrapaban, haciéndome sentir ahogo y falta de aire. Siempre ocurría, hasta que aparecía la mano salvadora de mi papá o mamá y encendía la luz. Ahí volvía a mí la tranquilidad. Sólo quedaba asustado y aturdido.

En el tiempo transcurrido siento ahora sólo una sensación, como una fotografía de ese miedo que se quedó congelado y sólo es un recuerdo. Recuerdos de temores, miedos, incertidumbres, de una época de mi niñez, pero que no alcanzo a opacar en absoluto el gran amor de mis padres. De eso sólo quedó una fotografía, una simple fotografía de miedo.

Un día de septiembre de 2073

Carlos Salamanca

¿Qué día es hoy? ¿Qué me pasa que no puedo acordarme? ¿Dónde estoy? ¿Qué es toda esta gente? ¿Qué hacen? Si yo venía solo, manejando, escuchando música, muy tranquilo, disfrutando de mi viaje a Purmamarca.

¡Qué bella Purmamarca! ¡Qué belleza su gente! Venía pensando en todo lo que iba a hacer allí, los cientos de fotos que iba a poder obtener de todos esos bellos paisajes. Recrear alguna pequeña historia también.

Yo ya conocía, por eso iba en son de trabajo. Sabiendo de qué se trataba y con el mayor gozo y expectativa, iba a recopilar datos e información que me sirvieran al desarrollo del trabajo que había pensado desde mi casa.

Estaba ansioso por llegar y empezar a entrevistar a los hogareños, conocer historias, anécdotas, indagar sobre sus gustos y costumbres. Saberlo todo. En definitiva, poder tener y elaborar el mejor relato, la mejor narración jamás contada y mostrada de Purmamarca y su gente.

Este sería mi primer libro y mi esmero y dedicación debía ser total. Pensaba: “tengo que producir impacto”. “Soy fotógrafo y periodista, todos mis conocimientos y mi propia impronta tienen que estar puestas allí”. ¡Estaba feliz!

Pero entonces, ¿qué fue lo que interrumpió? No lo sé. No me doy cuenta. Sólo sé que mi viaje se cortó y ahora estoy rodeado de mucha gente, la mayoría de ellos conocidos. Otros que hace mucho no veía. Pero entonces, ¿qué pasó?

¡Ah! Escucho comentarios. Hoy es 21 de septiembre de 2073. Dicen que he muerto. Que todo ocurrió esta mañana a las 6:25. Empiezo a darme cuenta qué me pasó, por qué no recuerdo nada. A esa hora estaba viajando.

Escucho que un camión que transportaba sal que venía de Salinas Grandes, desvió su camino y me chocó. Mi auto quedó totalmente destruido y yo muerto adentro. Los peritos dijeron que mi muerte había sido instantánea. Razón por la que no recuerdo nada.

Y ahora estoy aquí, entre el aire de este lugar que no conozco. Sí, es una casa de velatorios. Recorro todo y allí estoy yo. Ahora puedo ver mi cuerpo yaciendo en un cajón. Todos me ven. Algunos lloran. Veo a mi mujer llorando. Ortos deambulan, comentan, se ríen, fuman. Pero están allí, han querido verme por última vez.

En sus comentarios han rescatado de mí lo mejor. Por momentos me siento halagado, pero sé que esa es la suerte de todos los muertos; pasar de ser el bueno, casi el mejor. ¡Si hasta algunos que no me han apreciado en vida ahora se manifiestan dolidos!

Floto. Voy de una punta a la otra de la sala. Quisiera acercarme y decirles algo, poder meterme en una conversación. Es más, me gustaría despedirme bien de todos. Es cruel pensar que no me pude despedir bien de mi esposa. Quisiera tener un minuto para poder decirle a ella cuánto la quiero. Agradecerle todo lo que hizo por mí. ¡Hizo tanto! Cómo me gustaría tener un minuto más para despedirme de mi perra Lola. ¡Cuánto la quiero! ¡Cuánto nos extrañamos!

¡Charly! Es el fin, es tu fin. Nadie muere en las vísperas, dicen. Mi momento debía ser ese y no otro. Me siento bien igual, este debe ser un lugar lindo. Sólo me queda esperarlos a todos en una nueva vida. ¿Dónde? No lo sé. Sí sé que no podría vivir otra vida sin ellos.

Esperado encuentro

Carolina Sosio

Dantés estaba feliz, por con un sabor amargo. Había conseguido su libertad tan ansiada. Tras años de vivir en prisión por una injusticia, volvía a respirar el aire fresco y el sol le rozaba la cara.

Durante su estadía en prisión, en el castillo de Iff, sólo pensaba en venganza y en morir. Por eso su asombro cuando en lo primero que recordó al estar libre fue en Mercedes

Partió con prisa a buscar a su amor, aquella persona que después de tantos años hacía latir su corazón. Su arribo a Marsella tendría que ser con mucho cuidado, ahora era un prófugo. Luego de un largo viaje, y disimuladas averiguaciones, encontró a Mercedes. La vio a lo lejos. Ella estaba comprando frutas en el mercado, tan hermosa como la recordaba. Cuando estuvo sola, Dantés se acercó.

—Hola Mercedes —le dijo con lágrimas en su rostro.

Ella abrió los ojos con asombro, casi al borde del horror.

—¿Estás vivo? Sabía de tu fuga, pero creía que no habías sobrevivido —confesó, también llorando.

Él la abrazó, no la quería soltar. Le explicó lo sucedido, la trampa que le habían tendido. Mercedes no podía creer que Fernando, su actual marido, hubiese sido parte de esa traición. Todavía incrédula, escuchó lo que temía:

—Vámonos juntos. Alejémonos de todo esto, Mercedes. Seamos felices.

Un frío recorrió su cuerpo. Ella amaba a Fernando con todo su corazón, no podía abandonarlo. Ni siquiera estaba convencida de que Dantés le decía la verdad.

Él le dijo que partiría al amanecer. No podía quedarse en ese lugar en el que era considerado un traidor. Se iría con su padre, que era muy anciano, pero quería pasar lo que le quedaba de vida junto a su hijo. Su padre lo había estado esperando todo ese tiempo. Sabía que era inocente y que lo volvería a ver.

Dantés tenía planeado buscar el tesoro que le había contado Faria, aquel buen hombre que conoció en prisión y que no pudo salir con vida. Le prometió a Mercedes que nada le faltaría. Ella le prometió pensarlo.

Dantés y su padre llegaron al puerto a las cinco de la mañana y se sentaron a esperar. Luego de una hora, el sol ya había salido por completo.

Tras una larga discusión, el anciano logró convencer a su hijo de que Mercedes no iría con ellos. Debían partir antes de ser descubiertos.

Y así se fueron: solos y sin Mercedes. Dantés vivió para siempre con el corazón destrozado y preguntándose si hubiera sido más feliz encerrado en aquella prisión, pero con el amor por Mercedes vivo.

Qué angustia

Laura María Soto Rodríguez

Estamos llegando a la zona de despeje, o así la llaman los ministros. En teoría no debería haber nada allí, pero con la guerrilla no se sabe. Tengo las manos húmedas, el aliento pesado, dolor de cabeza y por primera vez siento y reconozco que tengo miedo.

Llegamos y aún no ha anochecido. Se ven con claridad todos los árboles y el olor a carne quemada me produce arcadas. Se nos informó que eran 260 los muertos pero me parece ver más gente.

Oliver, mi amigo del curso, se ríe de mi cara. ¿Tan mal me veo? Me pregunta si lo quiero acompañar al río. El camino está hecho y marcado por los pasos de los miles de guerrilleros que han pasado por allí durante varios años. En el ejército nos enseñaron a no caminar por este tipo de senderos, hay que evitar las minas anti-personas que el ELN suele enterrar, pero en vista de que ya fue revisada la zona, hacemos caso omiso.

Lo primero que veo es la pierna de Oliver caer a mi costado. Luego quedo sordo con un estruendo y la última imagen que queda en mi cabeza es la de Oliver gesticulando la palabra “ayuda”. En menos de diez segundos, cuando recupero la audición, escucho los disparos y voces desconocidas gritando: “no quiero ni uno vivo”.

Empiezo a entender por qué sentía tanto miedo. El temor se transforma en rabia al recordar a mi amigo, mi mejor amigo. Trato de alejarme del camino minado y sin que nada me importe comienzo a disparar. Cada sonido que sale de mi arma me hace recordar que estoy vivo y que le prometí a mamá que regresaría completo.

No sé si lloro de la adrenalina por Oliver o del temor que me invade. Tengo 19 años, no puedo morir aún. Creo en Dios y me encomiendo todos los días; se lo prometí a mamá.

Está todo en silencio, salgo de mi escondite y mi corazón se parte. Siento el dolor más grande que jamás haya experimentado al ver a mis comandantes y compañeros desnudos, sin piernas, sin brazos y con las letras del ELN dibujadas en todo su cuerpo; a uno hasta la habían sacado los ojos. Siento miedo por mí, pero es más la tristeza por lo que tengo que presenciar.

Otra vez me siento sordo, no entiendo qué pasó, ya había pasado todo. Cuando trato de abrir los ojos no puedo hacerlo, pero veo imágenes. Todo está rojo, ahora entiendo lo que me pasa. Me dispararon, justo donde mi madre me besó antes de venir, en la frente. No entiendo por qué no he muerto, no entiendo por qué no hay lugar. En diez segundos, sólo silencio.

Como Dios manda

Alejo Vrhovksi

Graciela se levantó totalmente desorientada, le tomó varios minutos hacer uso de la razón. Lo primero que pensó fue que era menester una buena taza de café y un cigarrillo. Se

sentía muy mal, intuía que la noche anterior se había embriagado ya que el dolor de cabeza que le atormentaba era muy propio de una resaca.

De todas formas no lograba recordar que había hecho. No le importó mucho y se dirigió a la cocina chocándose con los muebles del pasillo que conectaban su dormitorio con el playroom. Vivía en una casa a la cual se le podían atribuir muchas características menos la de la humildad. Estaba ubicada en un barrio cerrado del partido de Tigre.

La vivienda la compartía con su marido y su hijo pero no los veía mucho. Quizá algunas veces en el almuerzo, otras en la cena. Esto se debía al mal trato que tenía con su esposo. De hecho ya no compartían la cama. No se separaban por el escándalo que implicaría. Todo el barrio hablaría de eso, según Graciela. Su hijo, por otro lado, salía temprano con su auto y volvía muy tarde, sin contar a dónde iba.

Una vez en la cocina puso a calentar el café y encendió uno de sus cigarrillos de Taiwán, luego sacó de un cajón su tan preciado gotero de Clonazepam (gran regalo de su amigo psiquiatra) y con imperiosas ganas se lo puso en la boca. Se sentó a mirar como el sol entraba por la ventana. Al terminar su desayuno se dispuso hasta la Capital para comprarle alguna joya a su amiga, Martha, que cumplía años.

Los bocinazos retumbaban en su cabeza a tal punto que sentía que la lastimaban. Había un embotellamiento causado por un corte de calle de unas manifestaciones que reclamaban por la implementación de un aborto seguro, legal y gratuito.

—¡Jah! Salen por ahí a bailar, se falopean, tienen sexo con cualquiera y después quieren abortar, desalmadas —se dijo a sí misma.

Luego de estacionar su camioneta, comenzó a recorrer las calles en busca de una joyería digna. En determinado momento divisó a una mujer sentada en la vereda, con un bebé en brazos, pidiendo monedas. “Estos negros de mierda, se reproducen como cucarachas, para qué tienen tantos hijos pregunto yo”, pensó en una demostración de asco e indignación.

Cuando volvió a su casa vio en el calendario que era fin de semana. Se emocionó y comenzó a arreglarse para ir a la iglesia. Pues cada domingo es el día del señor y como Dios manda hay que ir.

Whisky

Mariano Zanetto

“Hace media hora que este gil limpia la misma copa, seguro se está haciendo el boludo”, se dijo a sí mismo.

—Che, pibe, ¿cuánto más vas a tardar en servirme el whisky? Por más que sigas franeleando, la copa va a seguir igual de sucia que este bar de mierda —le gruñó al joven empleado.

El camarero frunció el ceño y luego de dejar la copa limpia, tomó otra aun más sucia para servir la medida de whisky.

—¿Ves que no es tan difícil? Seguro que tu vieja te obligaba a servirle varios de estos al día. El mozo optó por la indiferencia y siguió limpiando la misma copa. Era martes y el bar estaba tranquilo. La noche mostraba un cielo despejado y cubierto de estrellas, algo fría para ser primavera.

—¿Desde cuándo te gusta tomarle el pelo a los pibes, Julián? —le dijo un hombre sentado al extremo de la barra. Junto a Julián eran los únicos clientes esa noche.

—Desde que tu hermana dejó de dirigirme la palabra —le respondió.

El camarero hizo una pequeña mueca que se transformó después en una sonrisa cargada de dientes.

—Ni se te ocurra reírte, payaso. Servime otro whisky.

La sonrisa del camarero se transformó en un nuevo ceño fruncido, esta vez acompañado de un rechinar de dientes. Su paciencia estaba llegando al límite y comenzaba a transpirar como ballena en ascensor.

—No le des bola, pibe. Sigue triste porque su señora se fue con la vecina. Se ve quiere mostrar la hombría que le faltó en la casa.

La cabeza de Julián pareció doblar su tamaño cuando comenzó a tomar un fuerte color rojizo. Su furia era tal que sus pies empezaron a rebotar contra el suelo haciendo un ruido estremecedor. Se puso de pie con un salto y corrió en dirección hacia Guido. A pocos pasos de propinar el primer golpe, se escuchó un ruido ensordecedor.

Toda la ira acumulada en Julián se desparramó por las paredes y el techo. En la barra y atrás de las copas. En todo el rostro de Guido.

—Tenía ganas de volarle la cabeza desde el instante en que se sentó —le dijo el camarero a Guido mientras sostenía la escopeta sonriendo.

Mi muerte

Yanet Zuñiga

Estoy viéndome fría, pálida, de un color amarillento en ese cajón de un lindo color marrón. Todos están llorando, mamá y papá están tristes. Mis hermanos, Andrés y Ezequiel, están haciendo piedra, papel y tijera para ver quién se queda con mi cuarto ya que se cansaron de compartir la misma habitación. Mis primas, como siempre llegando tarde, se abrazan con mis papás y mis hermanos. Todos están con cara de tristeza. Por lo menos conozco a todos los que están en el velorio: mis amigas de la infancia, del colegio, mis tíos de parte de mi papá que se dejan ver una vez a las quinientas.

Mamá le dice a Amalia, una de mis amigas, cómo es que fallecí. Al parecer, me fui a Córdoba a hacer tirolesa y la soga que tenía que sostenerme estaba gastada y en el medio del trayecto para cruzar al otro lado, se terminó de romper, caí al agua y la corriente me arrastró golpeándome contra las rocas, dejándome inconsciente. Intentaron salvarme, pero cuando sacaron mi cuerpo después de dos días de búsqueda, ya estaba muerta. “Tenía toda una vida por delante”, dice mi abuela Otilia que luego se descompensó. No puede recibir emociones fuertes.

No es tan feo morir. No recordaba cómo había sucedido mi muerte, ni recordaba el dolor que debí sentir al caer. Era todo normal, un velorio, como cualquier otro, gente llorando, personas tristes.

Termino de ver la escena algo triste, como la de cualquier velorio. Me veo por última vez en el cajón, cuando dos sombras negras me toman de ambos brazos. Supongo que esto es el fin, voy a desaparecer, ¿qué será no existir?